

Cicatrices: Recuerdos personificados del trasplante de órganos y del tráfico de órganos

Traducción de Fabián Chueca

En este artículo hago referencia al hecho de no ver en la manifiesta compra, venta y tráfico de cuerpos, en la búsqueda activa de órganos para trasplantes, una forma nueva y preocupante de esclavitud. Lo que estas transacciones tienen de diferente, que podría diferenciarlas de otras formas de trata de seres humanos –con fines de explotación sexual, de trabajadores clandestinos, de bebés del Tercer Mundo para adopción internacional– es que la trata de personas, muertas, con muerte cerebral o vivas, para obtener órganos y tejidos utilizables exige los conocimientos y el consentimiento de quienes la sociedad ha designado como sanadores y custodios del cuerpo: médicos, cirujanos y patólogos forenses entre otros.

Mi proyecto de observatorio de órganos (*Berkeley Organs Watch*) comenzó en el barrio marginal de la ladera, la *favela*, del Alto do Cruzeiro, en el contexto de rumores y denuncias que hablaban de la presencia de extranjeros a bordo de furgonetas amarillas que secuestraban a los niños de la calle para hacerse con sus órganos en un marco de privaciones, necesidades insatisfechas e infinidad de zonas grises de índole moral y ética. Aquellos tempranos rumores que circulaban a mediados de la década de los ochenta eran falsos, pero las desapariciones de niños de la calle eran verdaderas, y la extracción ilegal de órganos de los cuerpos de indigentes y personas no identificadas en los institutos de medicina legal de Brasil no eran infrecuentes; ¿y qué otra cosa podían pensar las madres cuando acudían a reclamar a sus hijos muertos? Pero otra forma de robo de riñones, más insidiosa, comenzó a aparecer en los historiales médicos de un gran hospital privado de Recife, donde los trasplantes de riñón de personas vivas y no relacionadas representaban un tercio de los trasplantes. Comprobé que la fuerza tradicional de las relaciones patrón-cliente, semejantes en cuanto a intensidad a las relaciones entre amo

Nancy Scheper-Hughes es profesora y catedrática de antropología médica, y directora del *Organs Watch*, en la Universidad de California

y esclavo, habían generado ciertos acuerdos laborales nuevos entre los propietarios de las plantaciones y sus trabajadores del azúcar, y entre las *donas da casa* adineradas y sus trabajadoras domésticas: proporcionar a su patrón o *patroa* un riñón “de repuesto” en caso necesario. Durante generaciones, los propietarios de las plantaciones de caña de azúcar habían arrancado a lindos bebés de sus fértiles trabajadoras rurales, diciendo: «tú ya tienes bastante, dame a tu hijita rubia para mí». Exigir, además, un riñón no era más que el siguiente paso lógico. Niños y riñones¹ están vinculados en más de un sentido.

Del mismo modo que la servidumbre por deudas impulsó las redes internacionales de adopción ilícita, la servidumbre por deudas impulsa los cárteles de venta de riñones, que exigen un nuevo impuesto a los cuerpos de los pobres

Mientras tanto, la demanda y los mercados globales de riñones se presentaban como una opción viable para los candidatos al trasplante varados en listas de espera a través de sindicatos de la delincuencia organizada, nacionales e internacionales. La compra de riñones frescos era mucho más atractiva que los riñones procedentes de donantes con muerte cerebral conservados en hielo. La idea de que podía mejorar una vida, de que podía contribuir a alcanzar una mayor calidad de vida, significaba tiempo fuera de la máquina de diálisis, que un paciente renal me describió como su “tiempo en la cruz”. Finalmente, en 2001 los cazadores de riñones y los traficantes de trasplantes internacionales habían llegado al nordeste de Brasil, a Recife, atraídos hasta allí por el sitio web de *Berkeley Organs Watch* (después retirado), que enumeraba los puntos calientes donde la trata de seres humanos para obtener riñones era habitual.

Violencia ritual y venta de riñones

En un viaje a Tel Aviv para realizar trabajo de campo de investigación, en 2001, una coordinadora internacional de trasplantes activa (es decir, una empresa intermediaria de compra-venta de riñones) me dijo que había trasladado su base de operaciones de Israel, Rusia y Turquía a Sudáfrica y Brasil tras observar que el sitio web explicaba que los extranjeros iban llegando “por goteo” a los hospitales privados e, incluso, a los universitarios, de Sudáfrica tras la caída del *apartheid* y la reestructuración de la sanidad pública y la atención primaria. Los cirujanos sudafricanos especializados en trasplantes necesitaban nuevos clientes que pudieran pagarles. Brasil, que aparecía en mi página web, contaba con un comercio de riño-

¹ Aquí la autora hace un juego de palabras entre niños (*kids*, en inglés) y riñones (*kidneys*, en inglés). *N. del T.*

nes interno y personas pobres que anunciaban en la prensa local su disposición a vender «cualquier órgano –de los que tengo dos– y cuya extirpación no me cause la muerte inmediata». Y, así, uno de los elementos del escándalo por tráfico de riñones de Netcare Corporation partió del activismo de derechos humanos médicos. A los brasileños les gusta decir: «Nadie es inocente», pero yo añadiría: «Pero algunos son muy ingenuos».

Del mismo modo que la servidumbre por deudas impulsó las redes internacionales de adopción ilícita en Brasil (y en Europa oriental, donde el robo de niños y el de riñones están igualmente entrelazados), la servidumbre por deudas impulsa los cárteles de venta de riñones, que exigen un nuevo impuesto a los cuerpos de los pobres, un impuesto sobre los riñones. Cuando Alberty Alfonso da Silva, de un barrio marginal cercano al aeropuerto internacional de Recife, no pudo pagar la deuda contraída por la compra de un coche de segunda mano y recibió amenazas físicas, vendió su riñón para saldar la deuda. Cuando Viorel fue cazado por los intermediarios de su deuda en Chisinau, Moldavia, aquellos matones pusieron una pistola en la mesa del bar. «Paga o tu cuerpo aparecerá flotando por ahí». A Viorel le ofrecieron una salida: un viaje en autobús a Estambul para vender su riñón a un turista internacional.

Deberíamos reflexionar sobre las palabras que empleamos para designar la recolección de órganos y tejidos humanos, repletas de metáforas financieras y bancarias: *stocks* de órganos; bancos de tejidos, órganos y esperma; escasez de órganos; déficit de riñones, u oferta y demanda son dominantes. Estos términos van acompañados de la mercantilización de los órganos con el lenguaje de las piezas de repuesto. Los intermediarios e, incluso, los cirujanos (que saben de esto) describen siempre el riñón (que se vende) como un “riñón de repuesto”, una «pieza de repuesto, una mercancía, extraíble del cuerpo, del banco de riñones fiable de los propietarios». No es de extrañar que los asustados pobladores del Alto do Cruzeiro me dijeran que «los ricos nos miran y no ven más que una cosa: un saco de piezas de repuesto».

En el periodo 2001-2003, un programa internacional de tráfico de órganos dirigido por dos militares retirados, uno brasileño, el capitán Ivan, el otro, un intermediario del tráfico internacional de órganos de Israel, el capitán Gaddy Tauber, sondearon bares, callejones y mercados al aire libre y los puestos de reparación de automóviles al borde de la calzada para reclutar a jóvenes, en su mayoría afrobrasileños, dispuestos a viajar a Durban, Sudáfrica, para suministrar un riñón de repuesto a uno de los ciento un turistas de trasplantes israelíes que llegaban en grupos, semana tras semana, y llenaban las camas hospitalarias de la clínica privada de NETCARE Corp. en el viejo y prestigioso hospital de San Agustín.

A su llegada desde sus respectivos países, los ancianos y enfermos pacientes israelíes, algunos en silla de ruedas, se alojaban en grandes y cómodas suites con ventanas con vis-

tas al océano, en el *Holiday Inn* del lujoso paseo marítimo de Durban. A su llegada, los *meninos do Brasil* –los niños de Brasil– se alojaban en un piso oscuro y lúgubre con literas (una “casa segura”) compartido con vendedores de riñones objeto de trata llegados desde las zonas rurales de Moldavia y Rumanía. Los chicos brasileños se indignaron al enterarse de que un puñado de vendedores israelíes se alojaban en el *Holiday Inn* con los turistas de trasplantes israelíes y les pagaban 20.000 dólares mientras que los brasileños estaban en un “hostal de riñones” y les pagaban solo 10.000 dólares y algunos, como Alberty da Silva, no recibían más que 6.000 dólares, la misma cantidad que se pagaba a los rumanos. No tardaron en estallar peleas entre los vendedores de riñones.

Uno de los “meninos” presentó una denuncia ante la policía al regresar a Recife, alegando que los intermediarios lo habían engañado: le habían hecho promesas que no habían cumplido. Los habían tratado mal y los habían enviado de vuelta a su país sin haberse recuperado, con sus vendajes rezumando sangre y pus y, al dejarlos en el aeropuerto, les dijeron que cerraran la boca porque lo que habían hecho era un delito por el que podían detenerlos y mandarlos a la cárcel por muchos años. Gervasio planteó a la policía brasileña dos cuestiones: «¿no soy yo el dueño de mi propio cuerpo?», y «¿no tienen mi cuerpo, mis órganos, el mismo valor que los de los demás?» No pasó mucho tiempo antes de que las policías brasileña y sudafricana llevaran a cabo sendas acciones policiales –«Operación Bisturí», en Brasil, y «Operación Vida», en Durban– que dieron lugar a detenciones y procesamientos que continúan hasta la fecha. El doctor Williams, el cirujano que intervino a Adriano, había contratado informalmente con el intermediario israelí, Gaddy Tauber, sobre quien publiqué una serie de tres artículos en *Anthropology Newsletter*. El programa consistía en entregar a los pacientes israelíes al Hospital Real, al que se suministrarían (a través de Gaddy Tauber) jóvenes de poblados marginales vecinos que «pedían a gritos», o eso se decía, suministrar riñones. Pero, poco antes de que el primer grupo de turistas de trasplantes israelíes llegase al Hospital Real, la policía intervino contra el programa de trasplantes y procesó su caso haciendo uso del Protocolo contra la trata de personas de la Convención de Palermo.

Al igual que la esclavitud antes de su abolición, en términos generales se sigue considerando que el tráfico contemporáneo de cuerpos no es repugnante desde el punto de vista moral, ni se considera seriamente un abuso médico contra los derechos humanos, ni se entiende como una crisis de la ética médica, ni siquiera como un problema social acuciante sobre el cual «hay que hacer algo». Por el contrario, la intermediación de órganos procedentes de poblaciones débiles y frágiles –personas sin techo, desempleados, personas endeudadas, reclusos, refugiados políticos y económicos, niños de la calle, enfermos mentales y deficientes mentales, a la mayoría se las presiona para que vendan– sigue siendo defendida hoy por algunos de los cirujanos especializados en trasplantes, expertos en bioética y economistas más destacados del mundo, y hasta por algunos antropólogos médicos célebres, como una solución racional, sensible e incluso ética a las necesidades de los

pacientes de trasplantes y sus cirujanos, y como solución definitiva de la «escasez [mundial]de donantes fallecidos y de donantes de órganos relacionados vivos». Es evidente que el tráfico global de órganos ha nublado la visión moral de algunos de los cirujanos especializados en trasplantes de más talento del mundo, que están dispuestos a prolongar o mejorar la calidad de vida de sus pacientes a casi cualquier precio humano. Cuando se les plantean dilemas morales, a menudo, responden que es demasiado complejo, que al fin y al cabo ellos no son más que “técnicos”, o bien, «eso que lo resuelvan los filósofos».

Amor al cuerpo

Mi artículo es el comienzo de una reflexión antropológica/etnográfica/etno-teológica sobre el cuerpo como ensamblaje corpóreo “perfectamente hecho” que se desmantela, con un enorme coste. Mientras que hay órganos que se perciben universalmente como indispensables para el sentido del yo/la condición de persona (el corazón, el rostro, las manos, las piernas, el tronco, el cerebro, los pulmones, el estómago), otras partes y órganos corporales (el páncreas, el hígado, las válvulas cardíacas) invisibles, mudas y “ausentes” para el yo² se disfrazan y se ocultan de los esquemas anatómicos o la imagen corporal del individuo. Los miembros lesionados y los órganos enfermos se extirpan mediante amputación u otras cirugías que salvan vidas, pero no se olvidan fácilmente.

El miedo a la fragmentación y la desintegración de los cuerpos tiene su expresión en las tradiciones religiosas, desde la momificación egipcia hasta el cristianismo medieval, y las prácticas de enterramiento contemporáneas en todas las grandes religiones del mundo. Este tema insuficientemente examinado y teorizado en la antropología de los cuerpos –lo que denomino *amor al cuerpo*– se refiere a una valoración intuitiva, dada existencialmente, del diseño del cuerpo y el carácter indisociable de sus partes, tanto las manifiestas y obvias –la cabeza, el tronco, las extremidades y la piel– como los órganos y tejidos silenciosos y “ausentes” que dan a conocer su presencia a través de la enfermedad, las lesiones y la extirpación.

El amor al cuerpo tiene una larga historia en el cristianismo primitivo, en la filosofía kantiana de la indisociabilidad de las partes del cuerpo y en la moderna fenomenología. Durante el sacramento católico que se administra a los moribundos, un rito medieval que en su origen se llamaba *Extrema Unción* (o bendición final), el sacerdote unge tiernamente con óleo sagrado cada uno de los órganos sensoriales de la persona moribunda, los ojos, los oídos, la nariz, los labios, las manos y los pies y (únicamente en el caso de los hombres) la zona lumbar. Deteniéndose en cada lugar del cuerpo, el sacerdote recita la bendición: «por esta

² M. Ledger, *The Absent Body*, The University of Chicago Press, Chicago, 1990.

Santa Unción [...] te perdone el Señor todos los pecados o faltas que has cometido con la vista [o con el oído, el olfato, el gusto, el tacto, al andar, o por el exceso sexual o negligencia]». El pecado, el placer y el amor carnal se unen en una indulgente despedida de la carne, órgano a órgano. En el mundo cristiano medieval, el cuerpo herido era una imagen de la divinidad. Ser vulnerable significaba ser abierto, abrazar y venerar las heridas sagradas, un reflejo de la pasión de Cristo: los clavos en las manos y los pies, la corona de espinas en la cabeza, la lanza (como un bisturí) en el costado.

El niño y el riñón: extrañas simetrías

Kidleys, *kiddies* o *kittys*, son diversos nombres que reciben los riñones de los vendedores de órganos cuya lengua principal no es el inglés pero que emplean el término inglés, o alguna de sus variantes, para designar una mercancía global que se vende por dólares estadounidenses (por “billetes verdes”, “pagada en verdes”). Los vendedores que, de pronto, adquirieron conciencia de su existencia describen su riñón (*kidney*) como un *kid-ly*, con un sufijo que le confiere un aspecto semejante a un feto abortado. Creo que esta analogía también se les ocurre a quienes apoyan el derecho de una persona a “abortar” y vender un riñón de repuesto.

La asociación simbólica entre riñones y niños ocupó un lugar destacado en las conversaciones que mantuve con una mujer a la que llamaré Ariel Dove, una buena samaritana donante de riñón del norte de California, que donó de forma gratuita su riñón a un extraño al que conoció a través de una petición en Internet: «te suplico el don de la vida». El receptor fue descrito por dos de los «amigos» del solicitante, que se pusieron en contacto con Ariel, como un joven treintaero, padre de dos hijos de corta edad, sano y trabajador, pero aquejado de una insuficiencia renal irreversible. «Me imaginé como un ángel misericordioso, rescatando a una familia entera», dijo Ariel. Divorciada, desempleada, una mujer que se ocupaba de los gatos callejeros, Ariel dijo que había «fracasado» en todo: matrimonio, carrera profesional, fertilidad y tratamientos de fertilidad (incluida la fertilización *in vitro*). La donación del riñón representaba un camino para la realización personal. Imaginó su donación de riñón como una suerte de nacimiento virginal hasta que conoció, en la unidad de trasplantes de la Universidad de Carolina del Sur, al anciano que iba a recibir su don de la vida. La habían embaucado, había caído en manos de intermediarios de órganos en Internet. El receptor no era el hombre que ella esperaba que se llevase a casa su niño/riñón. Atrapada por el equipo encargado del trasplante, que la ensalzó como una heroína, Ariel se sometió al procedimiento pero, un año después, se había convertido en una inválida solitaria que vivía en su casa en el campo, alimentado a sus gatos y su riñón ausente, convencida de que el dolor y el picor que sentía en el lugar donde estuvo su herida solo podrían curarse con la restitución del órgano perdido, algo que yo le aseguré que era totalmente imposible.

En los archivos de *Organs Watch* hay muchos relatos de recolección y reparto de riñones como trabajo reproductivo, como hombres que dieran a luz; algo que, en cierto modo, así es, aunque el compartir el riñón sea mediante coacción o se base en el fraude y el engaño. No he conocido a ningún vendedor de riñón que desee el mal al comprador anónimo, ni al comprador reconocido y conocido. Podrían desearle el mal a ese «cirujano carnicero» o al «cabrón» del intermediario, pero en lo que respecta a la otra persona, que ahora lleva su riñón dentro del cuerpo, lo que hay es preocupación por el comprador y por el riñón que todavía “pertenece” al vendedor. «Lleva mi riñón dentro de él. Espero por Dios que viva bien con él, que lo cuide, que coma bien y evite el alcohol. Mi riñón se merece todo esto y más. Ese tipo es un héroe y quiero que sobreviva».

Parentesco de riñón

En el pantanoso barrio marginal de Banong Lupa, en Manila, un lugar donde florece la venta de riñones, encontré un fenómeno inquietante: obligaciones familiares y presiones domésticas normales que, gradualmente, convertían todos los cuerpos adultos de la familia en un banco de riñones viviente. Al principio, la obligación de vender un riñón para complementar unos salarios bajos y satisfacer las necesidades básicas de la familia recaía en los cabezas de familia varones. Con el tiempo, la venta de riñones se convirtió en rutina y pasó a ser percibida generalmente como un acto de autosacrificio meritorio, que demostraba hasta dónde podía llegar un buen esposo y padre para proteger a su familia. En una segunda visita de seguimiento sobre el terreno a Manila, en 2003, formando parte del equipo de filmación de un documental, observé muchos más cuerpos con cicatrices entre hombres jóvenes y niños, incluso adolescentes menores de edad que habían mentido sobre su edad para que los aceptaran como donantes de riñón remunerados tanto en hospitales públicos como privados de Manila.

Es un gran alivio para los pacientes de trasplantes
que afirman su preferencia por un donante de pago para
poder ser un receptor libre de culpa

Faustino, de dieciséis años, fue reclutado por su tío materno, Ray Arcela, ex vendedor de riñón. «Ahora te toca a ti», le dijo Ray al chico, recordándole que el padre de Faustino y sus dos hermanos mayores habían vendido ya un riñón. Los dos mil dólares percibidos por cada riñón nunca sacaron de apuros a estas familias numerosas. De igual modo, Andreas tenía diecisiete años cuando su madre le suplicó que vendiera un riñón para poder comprar las cajas de cerveza, *Coca-cola* y licor de alta graduación que vendía a la puerta de su cha-

bola. Andreas, un buen hijo, no pudo negarse a lo que su madre le pedía. La venta de un riñón se había convertido en un rito de paso entre los adolescentes, y la acentuada cicatriz del riñón que cruzaba el torso de los adolescentes de Banong Lupa era tan habitual como un tatuaje decorativo. Del mismo modo que los tatuajes denotaban la pertenencia a una subcultura juvenil, la larga cicatriz con forma de sable que cruzaba el torso de los jóvenes simbolizaba machismo, valor, y lealtad a la familia, e indicaba el intento del chico de apoyar a sus padres. Leonardo de Castro, especialista en bioética de la Universidad Jesuita de Manila, defendió al principio la venta de riñones en los barrios marginales de Manila por considerar que brindaba una oportunidad de penitencia. Hacía referencia a las prácticas de la iglesia católica romana de autoflagelación durante la Semana Santa, habituales entre los pobres en Filipinas:

«La autoflagelación [es] una manera culturalmente prescrita de compensar los errores del pasado [mostrando que] se está dispuesto a llegar al límite para manifestar la propia sinceridad. La donación de órganos (incluso mediante venta) encaja en este modo penitencial del catolicismo. Deberíamos reservar la libertad del individuo para tomar decisiones en relación con su cuerpo o partes, reconociendo al mismo tiempo que incluso los actos radicales de automortificación están firmemente anclados en tradiciones religiosas y culturales».

En las ciudades donde prolifera la venta de riñones del sur de Asia (tal como las describe Lawrence Cohen) y de Oriente Medio (los Estados del golfo Pérsico e Israel) que yo he documentado, la posibilidad de comprar un riñón libera a los miembros de la familia de la obligación de donar. El paciente renal no necesita ya pedir un órgano a un familiar, sino que puede concertar el pago a un tercero para que localice a un vendedor. También es un gran alivio para los pacientes de trasplantes que afirman, a menudo sin el menor rodeo, su preferencia por un donante de pago para poder ser un receptor libre de culpa. Milech, una mujer israelí que viajó a Durban, donde le trasplantaron el riñón de un campesino rumano, que me dijo:

«Pedírselo a alguien de la familia es demasiado difícil. Es como si le debieras la vida, por lo que siempre es un gran problema, siempre pendiente como un peso sobre ti. Si tuviera que ver a mi donante cada día, tendría que estar dándole las gracias todo el tiempo, y eso sería terrible. No quise ver la cara de quien vendía el riñón, para no tener que volver a pensar nunca en él. Lo pagué. Él lo aceptó. Ya está, se acabó. Su riñón dentro de mí me pertenece ahora, lo mismo que si fuera el riñón de un cadáver».

Otro turista de trasplantes lo dijo con menos rodeos: «es mejor comprar a un extraño que perjudicar a alguien de la familia». Pero esto no siempre es así. Dado que “compartir órganos” entre los vivos es un intercambio tan íntimo, aunque los órganos se compartan entre extraños de lugares distantes y por dinero, compradores y vendedores de riñones sí se hacen reivindicaciones unos a otros. Los compradores (consumidores) de riñones temen

que puedan “rechazar” un riñón que se compró a un vendedor enfadado o resentido que, a su vez, podría desear que enfermaran después del trasplante. A menudo intentan reunirse con los vendedores, incluso brevemente en el hospital, después del trasplante, para darles las gracias por su precioso regalo. Sin embargo, esto crea la expectativa más habitual de la correspondencia en el regalo, incluso en el contexto de una venta manifiesta.

¿Qué es un riñón?

«¿Qué es un riñón?», le pregunté a Dov Rosen, un vendedor de componentes electrónicos al por mayor mientras trajinaba en su pequeña y abarrotada tienda en un centro comercial de clase trabajadora en el centro de Jerusalén en octubre de 2003. Dov había regresado poco antes de Rumanía (en realidad, de la Transilvania rural) donde, con la ayuda de un intermediario local, había adquirido un riñón a un “pobre diablo”, un campesino, un hombre de una familia de tan baja condición, tan destrozada, dijo Dov, que la esposa del vendedor había vendido uno de sus riñones y su hermano había vendido a dos de sus seis hijos, dos niñas de corta edad, a una red internacional de adopción. «Esta gente no se detiene ante nada», dijo Rosen con tristeza, negando con la cabeza. Obligado por las circunstancias —demasiado viejo para un donante de órganos fallecido y demasiado pobre para pasar por las firmas de intermediación en el trasplante de órganos establecidas en Israel—, Dov tuvo que ser su propio abogado, su propio «coordinador internacional de trasplantes».

«Me hicieron un trasplante “hágalo usted mismo”. Estaba varado en una lista de espera de cinco años. Eso es absurdo. Aquí vivimos en un país en el que casi todos los días explota una bomba, hay accidentes de tráfico, la gente se cae muerta en la calle, pero nadie quiere ceder un órgano. La gente se preocupa más de los muertos que de los vivos»

Dov organizó un viaje a la Rumanía rural, el país del que salió cuando apenas tenía diecisiete años, y donde seguía teniendo lazos familiares. Allí encontró a un vendedor de riñón de treinta y seis años, miembro de una minoría étnica, y un trasplante en una clínica rural de Oradia, un hospital tan «primitivo», dijo, que temió estar jugando una partida de ruleta rusa: «¡la misma enfermera que había ayudado en mi operación quirúrgica limpiaba mi habitación del hospital!»

A continuación mantuvimos el siguiente diálogo, en parte en broma, en parte en serio:

¿Y qué es un riñón?

¿Qué clase de pregunta es esa?

— Hay gente que dice que no se puede poner una etiqueta con el precio al órgano de una persona viva. Hay gente que cree que el cuerpo es especial, sagrado. Un rabino me dijo

que hay oraciones que se recitan para cada parte del cuerpo, cada órgano y cada orificio. Incluso hay una oración para dar las gracias por hacer pis. Es una de las que él recita a primera hora de cada mañana.

— Yo no soy una persona religiosa. ¿Qué es un riñón? ¿Qué es un pollo? ¿Por qué la gente puede matar un pollo y comérselo? ¿No es también un pollo una vida? A nadie le importa. Se lo comen sin más, lo declaran *kosher* y pueden comérselo. Tomar un riñón de alguien no acaba con la vida de esa persona. Hasta puede mejorar su vida, por lo que sabemos.

— Su donante podría estar muerto ahora, ¿y cómo lo sabría?

— ¿Por qué me lo pregunta si no me está juzgando? Puedo vivir bastante bien con un solo riñón, así que ¿por no va a poder él también, el que me lo vendió? Estamos en paz. Mitad y mitad. Fue su elección, su consideración. Yo soy tendero, no filósofo. Cuando era más joven, vendía coches, Fiat. Buenos coches, unos nuevos, otros de segunda mano. Gané mucho dinero en aquellos tiempos. Era así: yo quiero vender, él quiere comprar. Lo hablamos, hacemos un trato. Ahora yo quiero comprar. Y él quiere vender. Lo hablamos, él dice más, yo digo menos y, al final, nos ponemos de acuerdo. ¿Dónde está, entonces, el problema?

— Entonces un riñón es como cualquier cosa que se puede comprar y vender de un estante o de un negocio de coches de segunda mano. ¿Se puede comprar sin más el riñón que un tipo tiene bajo su piel?

— Mire, Nancy, los fuertes siempre se van a comer a los débiles. Así son las cosas. Además, la gente de la que hablamos (los vendedores) son de los peldaños más bajos de la sociedad. Son la gente más baja, primitiva: vagabundos, maltratadores, ladrones, borrachos, gente endeudada, gitanos, vendedores de bebés. No me voy a preocupar por su dignidad. Solo espero que mi vendedor se aleje de los bares y de la bebida a los que estaba acostumbrado porque el alcohol puede llevarse su segundo riñón. Ahora tiene que actuar de manera responsable.

Entonces, ¿el riñón no es nada?

— Yo no he dicho eso. Para mí, un riñón es la vida. Y un hombre —si es digno de ese nombre— hará lo que haga falta para salvar su vida. El riñón que he comprado me ha dado alas. Hoy puedo ir y venir como me plazca. Si quiero llegar a mi tienda a las diez de la mañana y salir a las 4 de la tarde, puedo hacerlo. Si quiero ir en coche a la playa de Tel Aviv con mi esposa, puedo hacerlo. Si quiero ir a Jerusalén a ver a mi nieto, puedo hacerlo. Mi nuevo riñón es como un pájaro, es como la libertad misma.

Para los compradores, la adquisición de un riñón libera al receptor de las demandas de la economía del regalo: es una elección, como dice Dov, para una especie de libertad desinhibida total. Para los vendedores de riñones, sin embargo, el riñón sigue siendo un regalo y una deuda. «¿Cómo se puede vender algo que no nos pertenece? El cuerpo pertenece a Dios», me dijo un vendedor de riñón moldavo. Los vendedores de riñones tienden a creer que mantienen una relación con el receptor después del trasplante, y por su condición de

“pariente de riñón” tienen derecho a pedirle ayuda, lo que a menudo se expresa con la frase «una vida por una vida», un «*rim por rim*», «un riñón por un riñón», como dijo Alberty da Silva, vigilante nocturno de treinta y ocho años de Recife, Brasil. Alberty me pidió ayuda para localizar a Luanne Higgs, la mujer de mediana edad de Brooklyn, Nueva York, que había adquirido su riñón en una transferencia de trasplantes que llevó a ambos al otro lado del Atlántico, a Durban, Sudáfrica, donde la extracción y el trasplante renal tuvieron lugar en un hospital privado, antes católico: el de San Agustín.

Cuando conocí a Alberty defendió su honor diciendo que aunque le pagaron algo (3.000 dólares por su riñón), seguía siendo un precio de “regalo”. «¿No vale una vida humana mucho más que unos miles de dólares?», preguntó. Luanne, por su parte, envió a Alberty una tarjeta de Navidad en la que explicaba que ella también era una pobre mujer enferma y que no podía corresponderle por su precioso regalo de vida:

«Querido Alberty: ¿Cómo te encuentras? Espero y rezo para que todo os vaya bien a ti y a tu familia. Mi esposo y yo estamos bien y confiamos en nuestra fe en Dios para que nos mantenga bien. Espero no te hayas olvidado de mí, porque yo nunca me olvidaré de ti por devolverme la vida. Estuve a punto de morir y tú me diste tu riñón. Me gustaría poder enviarte un pequeño regalo por Navidad pero ni siquiera estoy segura de que tu dirección sea correcta. Que Dios te bendiga, Luanne».

Luanne había escrito la carta en inglés y yo se la traduje a Alberty, que entonces vivía en una casa de barro detrás de la casa de su tía en Recife. Alberty me dictó la siguiente respuesta, que entregué a Luanne y a su esposo en Brooklyn, Nueva York:

«Querida Luanne: Espero se encuentre feliz y segura junto a su familia. Yo estoy aquí disfrutando por su felicidad. Estoy bien y mi vida es normal a pesar de los trastornos causados por la donación del riñón. Estoy intentando resolver mis dificultades actuales de la mejor forma posible. Mi mayor felicidad es saber que usted está bien. Espero que un día nos veamos de nuevo, ahora que somos uno. La echo de menos y cuando la vuelva a ver iremos a comer juntos. Nunca olvidaré el breve tiempo que pasamos juntos. Si tuviera que hacerlo todo otra vez, lo haría. Creo que por la gracia de Dios me reuniré con usted. Apagaremos la antorcha de la Estatua de la Libertad juntos. Caminaremos de la mano por el bosque de Central Park como dos niños sin preocupaciones en el mundo. Que Dios esté con usted y que usted y su marido tengan salud y paz.

Contésteme a esta dirección:

Alberty José da Silva
Rua da Cacamba, 42
Areias, Recife
Pernambuco, Brasil
CEP 50781-370»

Aunque nunca volvió a tener noticias de Luanne, Alberty se lo tomaba con filosofía. «Aquella mujer estaba muy enferma», confió. El vendedor del riñón nunca, según mi experiencia, nunca desea el mal al receptor, ni siquiera a un receptor al que no conocen, cuando la transacción estuvo envuelta en secreto. En cambio, como en el caso de Alberty (ver arriba), lo superan y les desean salud y felicidad. Le di vueltas a esto durante un tiempo, hasta que otro vendedor de riñón objeto de tráfico, Niculae, de una aldea devastada de Moldavia, me lo confirmó. Le pregunté por qué, teniendo en cuenta su decepción y su sufrimiento después de la venta de su riñón, seguía hablando bien del receptor de esa parte de su cuerpo. Niculae respondió: «Mi riñón le salvó la vida. ¡Ahora quiero que él y mi riñón tengan una larga vida!».

La muerte del riñón del que uno se ha desprendido con cariño es, en cierto sentido, la muerte de uno mismo.

Cicatrices

Casi veinte años después de iniciarse el proyecto de observatorio de órganos, no hay respuestas fáciles a las preguntas básicas: ¿cómo ven su postura los vendedores de riñones, objeto de tráfico o de autotráfico, en los trasplantes ilícitos? ¿Como víctimas? ¿Como supervivientes? ¿Como héroes? En las aldeas, los barrios marginales y las barriadas de infraviviendas económicamente desmanteladas del “Tercer Mundo” que suministran al mundo más pudiente riñones excedentes, el significado de la compra y la venta de un órgano es siempre, naturalmente, específico del contexto. Un riñón nunca es únicamente un riñón. Además, las grandes cicatrices desfiguradoras en forma de sable que cruzan los torsos de los vendedores de riñones en todo el mundo –de algunos que se alinean para hacerse fotografías, o las de quienes se niegan a exhibirlas– pueden ser un signo de debilidad o de fuerza, de holgazanería o de duro trabajo, de codicia o de generosidad. Puede significar un hijo pródigo o una buena hija, una mala mujer o la esposa abnegada, o una persona insensata, boba, explotada, despreciable, o atrevida y emprendedora. Los vendedores de Mingir, Moldavia, siguen sufriendo las consecuencias de su biodisponibilidad: son estigmatizados y avergonzados, excluidos del matrimonio, y proclives a trastornos psicológicos y médicos.

Los *meninos* brasileños que fueron reclutados por el sindicato internacional de tráfico de órganos se defendieron ante la jueza Amanda en el tribunal federal de Recife en 2004, diciendo que si habían sido objeto de tráfico, ellos habían «elegido traficarse». Los “niños de Brasil” eran machos, y no querían ser tratados como si fueran trabajadores del sexo víctimas de trata, que eran en su mayoría mujeres. Querían que los vieran fuertes, competentes y atrevidos, que es lo que eran. En cuanto a si había sido «estafado», engañado o explotado, João Cavalcanti, al igual que su círculo de vendedores de riñones del poblado

marginal *Jardim São Paulo*, se defendió diciendo que era muy libre de hacer lo que quisiera, y *dono de seu corpo*, dueño de su cuerpo, ante los tribunales y ante la comisión del Congreso brasileño que investigaba el programa de tráfico. Admitieron que los habían reclutado, que los habían engañado respecto a la legalidad de lo que hacían, que habían sido mal informados acerca de las exigencias médicas y los posibles riesgos de la intervención quirúrgica a la que se someterían, transportados con visados y billetes de avión comprados por los intermediarios, que les habían ordenado que guardaran silencio y que firmaran cualquier documento que se les presentara en el hospital, y que habían estado presos en la práctica en un piso franco de Durban, que los intermediarios locales les habían confiscado los pasaportes. Todo eso era verdad, dijeron, pero negaron la etiqueta. La jueza intentó convencerlos diciendo que si habían sido objeto de trata por los intermediarios y engañados, no serían *culpables*, no tendrían que ir a la cárcel. Pero los hombres persistieron en su autoevaluación.

«Sí, señoría», contesté a la pregunta que me había formulado el Dr. Raimundo Pimentel, *deputado* estatal (senador) de la Comisión Parlamentaria. «Sí, los hombres de Jardim São Paulo fueron víctimas clásicas de trata de seres humanos». Pedro manifestó su desacuerdo:

«¡De ninguna manera! No importa lo que esa mujer, *Dona Nanci*, tenga que decir, fui yo, la decisión fue mía. ¡Yo, Pedro Gervasio, yo me hice la trata! Para mí trata significa que alguien con una máscara te secuestra, te pone una capucha sobre la cabeza, te mete en la parte trasera de un coche y te lleva a un lugar secreto donde te rajan y te sacan el riñón o el hígado sin tu consentimiento. Nadie me puso un cuchillo en la garganta, nadie me obligó a subir a aquel avión. Lo hice libremente y lo volvería a hacer aunque tuviera que pasar el resto de mi vida en la cárcel, porque ahora puedo descansar tranquilo sabiendo que con mi riñón pude comprar esta casita para que mi esposa y mis hijos puedan tener un poco de seguridad. Moriré satisfecho, sin importar lo que me ocurra ahora. Se me brindó una oportunidad y la aproveché».

Unos años después regresé a Recife para comprobar la situación de los *meninos*: Geremias, Pedro, Paulo, Alberty, João, Gerson, Hernani y una docena más de vendedores de riñones que se habían visto atrapados en el mismo programa transatlántico de trata de seres humanos y que ahora intentaban lidiar con algunas de las consecuencias. Culpaban de sus problemas económicos a la actuación policial, la «Operación Bisturi» (*Operação Bisturi*). Hablaban de organizar una organización no gubernamental (ONG), una Asociación de Donantes de Órganos Desilusionados (o Desencantados), la *Associação de Doadores Disilusionados* (o *Disencantados*). El nombre era objeto de debate. En su primera reunión, los vendedores desencantados expresaron sus quejas: pérdida de trabajo, pérdida de ingresos, pérdida de fuerza y, lo peor de todo, la pérdida de honor, de posición social. Informaron de dolor crónico, debilidad, ansiedad, depresión, discordia en la familia, y rechazo personal, además de problemas médicos, atribuidos (por ellos) a la falta del riñón.

De su “safari de riñón” regresaron más débiles, pero más sabios. Habían aprendido algunas cosas sobre el mundo. Descubrieron que las personas negras de Sudáfrica eran diferentes de los afrobrasileños como la mayoría de ellos mismos. Los negros de Sudáfrica eran más grandes y más fuertes porque estaban más cerca de sus raíces. «Nunca habían sido esclavos», dijo Alberty Alfonso, que abrió un diálogo acerca de cómo habían sido manipulados casi como esclavos, esclavos por deudas. «A ninguno se nos dijo lo duro que sería para nosotros», dijo Cícero. Paulo asintió: «el dolor era tan intenso que durante tres días en el hospital recé para ser el siguiente en morir». Geremias dijo que los habían tratado bien hasta que los doctores obtuvieron lo que querían y después los tiraron como si fueran *lixo*, basura, y los metieron de nuevo en un avión, con el dinero escondido debajo de los vendajes, y Roddy, el intermediario de Durban, les advirtió que no manifestaran que tenían dolores porque el personal de aduanas o de inmigración podía sospechar.

La muerte del riñón del que uno se ha desprendido con cariño es, en cierto sentido, la muerte de uno mismo

Los trabajadores agrícolas desplazados de Moldavia que fueron objeto de trata en Turquía y Rusia para vender un riñón entienden sus cuerpos de manera distinta que los “niños” de Brasil. Algunos habían alcanzado la mayoría de edad bajo el viejo Estado soviético y ponían sus cooperativas agrícolas y a sus compañeros de trabajo por encima de sus deseos individuales y consideraban que su cuerpo pertenecía al colectivo de la aldea. El cuerpo no era suyo para mutilarlo o debilitarlo, ya que se perjudicaría a todo el cuerpo de la aldea. Los habitantes más viejos de la aldea utilizaban este argumento para castigarlos cuando regresaban después de vender un riñón, un sistema socioeconómico que muchos de ellos siguen añorando hoy. Los jóvenes evitaban los lugares públicos, se visitaban unos a otros en sus casas o en sus pequeñas y oscuras bodegas. Creían que no podían ir a la iglesia. Ocultaban su historia de lo confesional del mismo modo que se la ocultaban a sus amigos todo el tiempo que podían. De hecho, eran conscientes de que todo el mundo en la aldea sabía quién había vendido un riñón, y se consideraba un hecho vergonzoso, un defecto moral y un pecado mortal. Durante una misa dominical en Mingir, el sacerdote ortodoxo ruso de la localidad, Antoine, pronunció una homilía sobre la naturaleza sagrada del cuerpo y la importancia de mantener el cuerpo limpio por dentro y por fuera. Reprendió a sus parroquianos (la mayoría mujeres de edad, probablemente abuelas).

«La salud es el bien que Dios nos ha dado. Algunos de nuestros hermanos han vendido su cuerpo y han cometido un pecado muy grave. Al vender su cuerpo, también venden su alma, porque con esta acción están ignorando la existencia de Dios y se han vuelto hacia el mal. Muchos de nuestros jóvenes en este pueblo han vendido un riñón. ¿Piensan alguna vez en el futuro y en el sufrimiento que tendrán que afrontar? Esperaban hacerse ricos, pero ahora son más pobres porque

han perdido su salud. Al perder su salud han perdido también su redención porque piensan que ya no pueden rezar. No los juzgo ni los condeno porque intentaban mantener a sus familias y a sus hijos. Pero ¿qué pensarán sus hijos cuando tengan que cuidar de un padre enfermo que es todavía joven? La gente que compra riñones está motivada por hacer daño al cristianismo y a los cristianos [en referencia a los cirujanos, que eran musulmanes turcos]. Rezo por aquellos que han cometido este pecado en la ignorancia y el error. ¡Que Dios os proteja! ¡Que Dios nos proteja a todos y nos dé fuerza para luchar contra este mal! ¡Que Dios proteja a nuestros hijos para que ningún otro caiga en la misma trampa! En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén».

Después de la misa hablé con el padre Antoine (nombre ficticio). Me dijo que comprendía que los hombres quisieran encontrar trabajo en el extranjero y que algunos ni siquiera sabían qué trabajo harían. Cuando le pregunté de quién era el cuerpo, el padre Antoine respondió que el cuerpo pertenecía a Dios, y solo a Dios. Desea que los hombres acudan a la iglesia y se les perdone, pero no han acudido. Se esconden. Temía que alguno pudiera suicidarse, porque no están habituados al aislamiento en el que ahora se ven obligados a vivir.

Los brasileños objeto de trata eran católicos romanos por educación, y algunos de ellos se habían convertido al evangelismo protestante. Pero tanto si se identificaban como católicos o como cristianos evangélicos, la doctrina religiosa se detenía en el cuerpo. A su juicio, su cuerpo era suyo para hacer y disponer de él como considerasen oportuno. Pedro, Paulo y João emplearon un modismo brasileño familiar para afirmar su relación sujeto/objeto con su cuerpo como: «¡yo soy el dueño, el amo de mi cuerpo!» No obstante, Paulo se reprendió mucho después de la nefrectomía por haber vendido su riñón. No sabía lo apegado que estaba a su «cosita» (*coisinha*) hasta que se quedó sin ella y comenzó a notar su ausencia en forma de un picor constante en el lugar donde estuvo su herida, incluso tres años después. «He aprendido una cosa», dijo. «Aunque tengo dos, nunca venderé una de mis manos».

Alberty perdió su trabajo en el mercado al aire libre de *Jardim São Paulo* y aceptó un empleo inferior como vigilante nocturno. El trabajo en el mercado exigía levantar demasiados objetos pesados, y no podía ya hacerlo. El trabajo de vigilante nocturno le dejaba mucho tiempo para pensar y para preocuparse. «Mi salud se ha deteriorado», me dijo. «¿Y si aquellos doctores de Durban se quedaron con algo más que mi riñón?» Este temor era habitual entre los vendedores de riñones en todos los lugares que visité. Alberty me dio la lata tanto que fuimos juntos a un hospital público local y esperamos haciendo colas todo el día para que pudieran hacerle una placa de rayos X, para determinar si el “resto de él” por dentro estaba intacto. El técnico de rayos X le dijo que le parecía que todo estaba en orden, pero que tenía que volver la semana siguiente para recibir el diagnóstico del doctor. Alberty se sintió aliviado durante unos días, hasta que regresamos a la clínica para recoger los resul-

tados y descubrió, después de varias horas de espera, que su historial médico se había perdido. De regreso a su chabola en Jardim São Paulo, Alberty planteó una nueva preocupación: si su riñón huérfano, ahora que tenía que hacer el trabajo de dos riñones, podía afectar a su potencia sexual y su fertilidad. Le recordé que tenía dos “esposas” y varios hijos que necesitaban todo su apoyo. «¿Y no es por eso por lo que vendí mi riñón?» «Alberty, me dijiste que habías vendido el riñón para pagar una deuda de un coche». «Bueno, eso es verdad, pero las madres de mis hijos llegaron antes y no me quedó nada excepto lo suficiente para comprar una bicicleta de segunda mano».

El tráfico de riñones arroja luz sobre el oscuro flanco débil de la globalización neoliberal, sobre las voraces demandas que genera y las exigencias depredadoras que establece

La cuestión de qué esperaban conseguir los vendedores de riñones por la venta de un riñón y con qué terminaron es un tema que he tratado con vendedores de riñones de Filipinas, Brasil, Turquía, Israel, Palestina, Egipto, Moldavia y Estados Unidos. Los vendedores de riñones esperan (en orden de frecuencia) saldar una deuda, comprar o reparar una casa, mudarse a una comunidad más segura, poder casarse, adquirir alimentos y ropa y juguetes para sus hijos, etc. Con qué terminan: un coche, un aparato de karaoke, un teléfono móvil, zapatillas para correr, un banquete con cochinito, un ventilador eléctrico, un frigorífico, cadenas de joyería vistosas, ropa, un ataúd para un hijo muerto, entre las fotografías de mi archivo titulado: “Botín del Riñón”. Algunos afortunados lograron salir de su barrio marginal, lograron acceder a atención médica para un hijo enfermo, lograron convencer a una joven para que se casara con ellos.

Anteriormente he descrito en mayor profundidad los síntomas concretos y, a menudo peculiares, que los vendedores de riñones atribuyen a la ausencia de su riñón: debilidad, depresión, sensación de vacío, evacuación, de pesar, deseo de venganza, odio contra sí mismos, sensación de emasculación, de estigma, de estupidez, de deslealtad, pérdida del honor. Estos síntomas podrían despacharse como hechos “meramente” psicosomáticos, resultado de un trauma real que el cuerpo recuerda pero que la persona no puede compartir con su familia ni con sus vecinos. Otras consecuencias postraumáticas de la extirpación del riñón son trágicas y mortales, como las muchas muertes prematuras no explicadas ni diagnosticadas de vendedores de riñones. Entre los cuarenta vendedores de riñones de varias aldeas y la capital de Moldavia hubo cinco muertes: un suicidio, una muerte por fallo renal, un homicidio a manos de vigilantes locales por haber avergonzado a la comunidad, y dos que murieron sin diagnóstico alguno. Todos eran jóvenes, y eran trabajadores rurales. No son muertes de las que se hagan eco las revistas médicas ni los estudios estadísticos, pero puedo asegurar

que según los relatos contados por la propia persona moribunda, o por sus familiares o médicos o por un dignatario eclesiástico de aldea, las muertes fueron consecuencia de la venta del riñón. Entre los que siguen vivos hay muchos que tienen miedo a morir, a los que se ha diagnosticado hipertensión u otras enfermedades que pueden afectar a su único riñón. Algunos son alcohólicos, algunos han perdido a sus familias, pero pocos han acabado como delincuentes, excepto el vendedor de riñón moldavo que fue apaleado por robar gallinas.

Al repasar las fichas policiales de los brasileños que fueron identificados por la policía sudafricana, ninguno de los vendedores de un riñón tenía antecedentes policiales en Brasil, lo cual es sorprendente si se tienen en cuenta los poblados marginales violentos y asolados por las drogas de los que procedían. El capitán Louis Helberg dijo:

«He sido detective de la policía durante toda mi vida laboral, y nunca había intervenido en un caso como este en el que los hombres que fueron objeto de trata por los dos intermediarios, el capitán Ivan y el capitán Gaddy Tauber, fueran simplemente gente corriente pobre. Algunos de los vendedores fueron rechazados por la clínica de Netcare porque dieron positivo en las pruebas de VIH o tenían rastros de drogas en la sangre. Pero ninguno era un delincuente. Cinco de los treinta y ocho tenían menos de dieciocho años. El acta de acusación señalaba cinco cargos de tráfico de menores. A uno de los treinta y ocho vendedores le funcionaba un solo riñón, que le fue extirpado y trasplantado al cuerpo de un turista de trasplantes de pago. El pliego de cargos de la policía de Durban incluía un delito de homicidio culposo cometido por el cirujano sudafricano que extirpó el riñón de último recurso del vendedor».

El tráfico de riñones arroja luz sobre el oscuro flanco débil de la globalización neoliberal, sobre las voraces demandas que genera y las exigencias depredadoras que establece sobre los cuerpos de los “biodesechables”,³ pero también sobre los sueños que genera en relación con una vida mejor y una existencia móvil, al ser la movilidad la metáfora fundamental de la venta organizada de riñones a través del turismo de trasplantes. Para los pacientes significa una liberación de la sepultura corporal de las máquinas de diálisis. Para quienes venden el riñón significa una liberación de los globos rojos⁴ del barrio marginal, la *favela*, el poblado de chabolas y la oportunidad de ver mundo, o al menos, la oportunidad de visitar el centro comercial con un fajo de billetes en el bolsillo.

Me desplazé, finalmente, hasta el lejano suburbio rural de Janga en julio de 2006 para visitar la nueva vivienda de Geremias y conocer a su familia. Aunque la casa no estaba ni

³ Me preguntaba si el término “biodesechable” (*biodisposable*) tenía alguna relevancia fuera de los círculos de la antropología médica. En una búsqueda en Google encontré estas tres referencias principales: «Forro biodesechable de tipo bolsa para calientacamás y similares»; «vajilla china biodesechable»; y «tazas de plástico biodesechables».

⁴ Referencia al mediometraje (34 minutos) fantástico titulado *El globo rojo* (*Le Ballon rouge*, 1956), dirigido por el cineasta francés Albert Lamorisse.

mucho menos tan bien como la mansión que imaginaban los compañeros a los que había dejado en los poblados de chabolas cerca del aeropuerto de Boa Viagem y solo eran bloques de hormigón con cuatro desvanes a modo de habitaciones con suelos de cemento sin acabar y un patio embarrado en la parte trasera, Geremias estaba con todo orgulloso de ella y exhibió una amplia sonrisa mientras me franqueaba la entrada y tranquilizaba al flaco cachorro que me ladraba en los tobillos. Geremias enderezó sus 164 centímetros de altura mientras me hacía una seña para que me sentara en una dura silla de cocina: «*Bemvinda!*», dijo. «Bienvenida al interior de mi riñón».

«¿Y tus cicatrices, Geremias?» me atreví a preguntar, puesto que el joven estaba tan preocupado por la herida y decía que a su esposa su cuerpo le parecía menos atractivo por culpa de ella. «Tengo la solución», dijo. «Voy a encargar a un artista del tatuaje que entrelace una hermosa serpiente amazónica a su alrededor para que esto [señalando un extremo] sea la cabeza, y esto [señalando el otro extremo] sea la cola. Será un tatuaje caro, multicolor, pero valdrá la pena, *nao eh?* Al fin y al cabo, *Eu sou meu corpo!*».

Modos de compromiso corporal

Las personas “comprometen” sus cuerpos en un sinfín de maneras: en el trabajo asalariado, en el sexo (incluidas la prostitución y la violación), en el parto, en el servicio militar obligatorio, en los deportes extremos y el fisioculturismo, y en el discipulado religioso. Sometemos nuestros cuerpos a exámenes clínicos –análisis de sangre y orina–, circuncidamos a nuestros hijos varones y entregamos nuestros cuerpos a toda clase de cirugías que a veces exigen la eliminación de tejidos, órganos y otras partes del cuerpo.

En la época poshumana, las antiguas prescripciones de la gracia ante el sufrimiento y la ecuanimidad en el arte de morir no pueden parecer más que absurdas

En la muerte, nuestros cuerpos se “comprometen” con la autopsia, la disección, la extirpación de tejidos y órganos, el enterramiento y (hasta) la exhumación. Así pues, el trasplante de donantes vivos debe considerarse una parte de un espectro más amplio de lo que Lawrence Cohen denomina “modos de compromiso” con el cuerpo. Sin embargo, el comercio de riñones desafía los límites de la ética médica, la justicia social, la equidad y la decencia humana en relación con personas vulnerables –compradores y vendedores– que están desesperadas y harán cuanto sea necesario –incluso infringir la ley– para resolver los problemas que les plantea vivir sometidos a una coacción extrema.

Para la mayoría de los especialistas en bioética, el “terreno resbaladizo” en los trasplantes comenzó con la aparición del mercado negro no regulado de venta de órganos y tejidos. Para los antropólogos médicos críticos como nosotros, el deslizamiento por el proverbial “terreno resbaladizo” comienza la primera vez que una persona enferma observa con ansia a otra, y cae en la cuenta de que dentro de ese otro cuerpo hay un material médico orgánico capaz de prolongar su vida. En la época poshumana, las antiguas prescripciones de la gracia ante el sufrimiento y la ecuanimidad en el arte de morir no pueden parecer más que absurdas. Pero la transformación de una persona en una “vida” que debe ser prolongada, mejorada, o salvada a toda costa –incluso sacando tiempo y fuerza de los cuerpos de los desposeídos, los endeudados, o de los cuerpos de los hijos y nietos propios– convierte la “vida misma” en una mercancía fetichizada.

La atribución de un valor absoluto a una sola vida humana salvada, perfeccionada o prolongada a toda costa borra toda posibilidad de ética social, y nos lleva a esa ética imposible y zona gris moral que Primo Levi describió.